

Todos somos diferentes

Gabriel Arturo Álvarez

Había una vez un flamenco llamado Pepito que vivía en una laguna cerca de Pampa Guanaco. Siempre estaba muy triste porque quería ser diferente a sus compañeros y solo pensaba en disfrazarse.

Eva, su amiga, le decía que era especial: "ten paciencia y descubrirás lo especial que eres". Pero Pepito no la escuchaba y decidió ponerse unas plumas negras de cóndor en su pecho y pintó sus alas con carbón. Demoró casi todo un día. Al posarse en el agua junto a los demás, se salió el carbón y a los pocos minutos cayeron las plumas del pecho. Muy triste se fue a esconder al interior del bosque de lengas.

El búho llamado Garra Larga, que era muy sabio, le dijo: "tus plumas son blancas, porque eres muy pequeño, luego serán grises para terminar rosadas como todos los flamencos. Lo que debes hacer para ser único es ser diferente en tu interior. Solo sé tú mismo: amable, respetuoso y paciente y así serás el flamenco más especial del mundo".

Pepito obedeció al búho, cultivó sus valores y sin darse cuenta llegó a ser un flamenco maduro, con hermosas plumas rosadas, físicamente igual a los demás, pero con un brillo muy especial que llamaba la atención no solo de los flamencos, sino también de todos los animales del lugar.

Pepito se sentía orgulloso de ser diferente, entonces decidió que ayudaría a los más jóvenes a ser como él, es decir a tener valores y cualidades especiales, porque aunque todos se vean iguales, cada flamenco tiene un sello personal que lo hace brillar.